
RESEÑA: Billig, M. (2014). *Aprenda a escribir mal. Cómo triunfar en las Ciencias Sociales*. México: Colegio de Postgraduados.

Juan Emilio Montiel Leyva¹

Sección: Reseñas

Recibido: 12/11/2018

Aceptado: 22/11/2018

Publicado: 10/03/2019

El título del libro que aquí reseño, *Aprenda a Escribir Mal. Cómo Triunfar en las Ciencias Sociales*, podrá parecer una burla para los que toman más en serio su trabajo. Algunos más desfachatados, pero más acertados, confiarán en su tono satírico e irónico. No obstante, puede que haya unos más, los más cínicos, que tomarán el libro como un excelente manual para hacer carrera académica. Estos últimos decepcionarían por demás a Michael Billig, psicólogo inglés de la Universidad de Loughborough que ha dedicado buena parte de su trabajo a la psicología discursiva.

Ya desde el título Billig nos dice cuál es el problema que le preocupa: ¿Cómo es posible que los científicos sociales escriban tan mal y, aparentemente les importe tan poco? ¿Realmente escribimos con el sólo interés de comunicar nuestras conclusiones y contribuir a la comprensión del mundo? ¿Qué tanto nos acercamos al cumplimiento de ese supuesto? ¿Es que la escritura poco clara se debe a la falta de habilidades o tiene alguna utilidad en nuestro mundo laboral? Al intentar responder estas preguntas, Billig elabora una crítica mordaz hacia el estilo de escritura del común de los científicos sociales y defiende que no es una cuestión trivial el preguntarse por la forma en que escribimos. Mientras desgrana su argumento, nos cuenta algunos de los vicios de escritura en los que incurren los académicos, así como algunas de sus consecuencias. Si obviamos la introducción del libro en el capítulo 1, podemos dividir el trabajo de Billig en 3 partes que a continuación resumiré:

1) La primera parte abarca el capítulo 2, *Publicación Masiva y Vida Académica*. En ella el psicólogo se encarga de ofrecernos un análisis de las condiciones sociales en las que los científicos sociales trabajan y cómo éstas influyen en su estilo de escritura. Billig no da rodeos y desde el principio nos pide aceptar que "en los tiempos que corren los académicos están escribiendo y publicando como parte de su empleo pagado" (p. 25). A partir de ese momento,

¹ Egresado de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: kuactas.gjemi@gmail.com

el autor se encargará de destruir la visión romántica del científico social que trabaja respondiendo al llamado de un principio filosófico o ético superior.

Los académicos llevan a cabo su trabajo en un entorno competitivo donde son recompensados de acuerdo con su tasa de producción académica. La misma estructura se repite a nivel institucional, pues las universidades necesitan puntuar bien en los rankings para poder atraer la inversión de instituciones públicas y privadas, así como a más estudiantes. ¿Qué efectos tiene esto en la escritura académica? Un académico para quien producir investigación significa más beneficios económicos y profesionales, poco a poco aparta a un lado la calidad y la originalidad de su escritura y de sus reflexiones. El problema es tan grave que “no publicar es visto como una especie de muerte académica” (p.41). Por ello nos dice Billig que las universidades se han convertido en invernaderos cuyo ambiente es perfecto para “el crecimiento, hasta donde alcanza la vista, maceta tras maceta, de grandes palabras y frases torpes” (p. 53).

Si bien la realidad que Billig nos presenta tiene matices que difieren respecto de nuestro propio contexto, sus reflexiones giran en torno a una forma de hacer las cosas que hoy en día es más o menos global. Las propuestas de Billig nos sirven para echar una mirada crítica a los programas de estímulos o las exigencias del Sistema Nacional de Investigadores, los cuales operan en un contexto de profesores mal pagados, ansiosos por dignificar sus ingresos. Es seguro que en casi cualquier revista mexicana encontraremos artículos con frases relacionando conceptos sin que nos quede claro qué es lo que los escritores quieren decir. En general mucho del trabajo se deja al lector, quien tiene que llenar los vacíos de sentido en el texto pues, los autores tienden a no explicar a qué se refieren con los conceptos que usan, ni la forma en que los usan.

2) La segunda parte del libro abarca los capítulos 3. *Aprendiendo a escribir mal*; 4. *Jerga, nombres y acrónimos*; 5. *Convirtiendo a las personas en cosas* y 6. *Cómo evitar decir quién lo hizo*. A lo largo de estos capítulos Billig nos ofrece un análisis de los problemas lingüísticos y las prácticas de escritura de los científicos sociales. Podemos resumir los puntos más importantes del trabajo de Billig en este apartado de la siguiente manera:

a) Según el autor, los académicos tienen un estilo de escritura abundante en conceptos técnicos y frases nominales, pero carente de verbos y frases clausulares. En consecuencia, el mundo que retratan está lleno de abstracciones que se relacionan con otras abstracciones. Para complicar más las cosas, los académicos rara vez vinculan sus creaciones abstractas al mundo concreto de las acciones humanas.

b) En sus textos, los investigadores usan abusivamente la voz pasiva que, en comparación con la voz activa, es menos rica respecto a la información que contiene. Una frase en voz pasiva no nos permite saber quién realiza las acciones. Al final, el mundo que los académicos retratan no es de gente, sino de conceptos que se presentan como cosas que se dan en la realidad por sí mismas.

c) Los académicos escriben como si fueran agentes de mercado promocionando sus productos. Con el estilo retórico de un publicista, promocionan sus abstracciones (enfoques, teorías y conceptos) resaltando las ventajas y beneficios que ofrecen frente a las creaciones de sus colegas.

Para ilustrar sus puntos Billig recurre a ejemplos de la sociología y la lingüística, así como del psicoanálisis. Así, nos muestra cómo incluso los científicos que han estudiado la escritura académica usan en sus textos el mismo lenguaje que suponen estar analizando y cuestionando sin siquiera darse cuenta. Billig nos dice que ni siquiera Pierre Bordieu, que se quejaba la oscuridad de este estilo, pudo evitar “pomposear” (p. 63) sus escritos. Otro de los muchos ejemplos que vale la pena mencionar es “La gloriosa metafunción ideacional” (p. 66), un concepto que fue usado por Prosser y Webb para referir a lo que normalmente llamamos contenido de un ensayo. Aquí, como en muchos otros casos que el autor nos ofrece, las palabras ordinarias, mundanas y sencillas como son, resultan mucho menos confusas que el gran nombre técnico.

En el texto de Billig también encontraremos a personajes reconocidos como George Orwell, Ulrich Beck, Peter Berger, William James, Wilhelm Wundt y Sigmund Freud, a partir de cuyas historias y estilos de escritura, Billig hará que una y otra vez nos preguntemos de qué se trata la escritura en las ciencias sociales pues, si usar palabras ordinarias resulta más claro para describir los fenómenos sociales, no hay motivo para atiborrar con tecnicismos nuestros trabajos ¿Será que estamos “usando un concepto apabullante, no para identificar un descubrimiento, sino para cubrir la carencia de él”? (p. 73).

Pero el problema no es sólo lingüístico y el autor no deja de señalar su arista educativa: si los académicos que dan clases escriben mal, evalúan como adecuados los trabajos que imitan su estilo y los textos que usan para complementar la enseñanza no son realmente diferentes en su estructura, no podemos esperar grandes diferencias en el estilo de escritura de las futuras generaciones de académicos. Billig nos ofrece el triste panorama de un problema que empieza desde la enseñanza universitaria. Por otra parte, el autor nos muestra que el lenguaje no sólo es una cuestión de escritura, pues también marca diferencias identitarias —ser parte de una comunidad académica implica adoptar su enfoque, sus palabras y su forma de escribir— y es una herramienta de mercado. Por ello, Billig dirá que “hay buenas razones económicas para no ser modesto, o para confiar en que la virtud generará su propia recompensa” (p. 39). En este mundo los académicos deben presumir sus logros para ser alguien, así sólo consistan en ser los creadores de otra gran palabra.

El análisis de Billig es amplio, no se le escapan los grandes conceptos que terminan con *ificación* y con *ización*, los cuales llegan a ser en extremo abstractos (globalización, reificación, mediatización, masificación, nominalización son algunos de los que encontraremos en las páginas de este libro). Tampoco se le olvidan los acrónimos que, ya pertenezcan a instituciones, enfoques, teorías o conceptos, no dejan de ser medios eficaces para empaquetar y comercializar

ideas. Todos estos nombres no son para Billig, otra cosa que palabras que “pretenden convocar profundidad y comprensión, sin conseguir lo uno ni lo otro” (p. 73).

Billig terminará hablándonos de un estilo de escritura académica que es “despoblado” (p.127). Cuando las personas están presentes sucede una de dos cosas: o rápidamente se convierten en los objetos de la acción de algún tecnicismo; o sus acciones son transformadas en tecnicismos que nombran algún proceso general y abstracto. Con humor e ironía Billig nos dice que “Es como si existiera una fórmula matemática para crear conceptos académicos modernos: Verbo+Nombre = Nombre más largo” (p. 189). Al final pareciera como si las ciencias sociales se trataran de armar “rompecabezas” (p. 127) con cadenas de conceptos, antes que de entender el mundo social.

3) La parte final del libro de Billig corresponde a los capítulos 7 y 8, en los que el autor nos presenta estudios de caso sobre conceptos específicos. En el primero, *Algunas cosas sociológicas: gubernamentalidad, cosmopolitización y análisis conversacional*, Billig nos cuenta un poco de la historia de los grandes conceptos que dan título al capítulo, nos dice cómo han sido usados y no deja de resaltar su abstracción y carencia de vínculos con el mundo de las acciones humanas. No obstante, son conceptos que han servido para dar trabajo a muchos sociólogos: sobre la gubernamentalidad Billig dice que hoy día “Ha habido estudios sobre gubernamentalidad global; cívica, paternal, dietética, colonial, postcolonial, blanca, verde y cuál no.” (p.195). Uno no deja de pensar que el mercado de los estudios gubernamentales debe ser inagotable.

Billig termina este capítulo con un vistazo al tipo de vocabulario que usan los analistas de la conversación, y nos muestra cómo, a pesar de analizar directamente las acciones de la gente y sus formas de hablar, al momento de realizar los análisis propiamente dichos, se olvidan de las personas y pueblan su discurso con palabras especializadas.

El otro capítulo, *Psicología social experimental: ocultando y exagerando*, me parece de gran interés, sobre todo para los probables lectores de esta revista. Está dedicado en su totalidad a analizar las prácticas de escritura en el interior de la disciplina a la que el mismo Billig perteneció. El autor nos habla de la obstinación de los psicólogos sociales por elevar su disciplina al mismo estatus que el de una ciencia natural. El gran problema para Billig es que los psicólogos terminan estudiando variables y conceptos en vez de personas. Billig también señala el uso que hacen de la estadística y su “culto de la significancia” (p. 249), pues los lleva a ocultar resultados importantes relacionados con las frecuencias individuales.

En cuanto a la forma de escribir, Billig nos dice que los psicólogos exageran sus resultados cuando escriben sobre “los participantes” como si fueran un todo homogéneo, en vez de utilizar modificadores de cantidad como “algunos” o “la mayoría”, en palabras de Billig, en los experimentos “nadie menciona a los

participantes cuyas acciones pudieron haber evitado el resultado exitoso. Ellos se convierten en no-personas. Desaparecen." (p. 260).

En suma, quienes hacen psicología social experimental, así como quienes no, encontrarán motivos para enojarse y hacerse los ofendidos, pero también para repensar su labor académica y la forma en la que escriben. Y es que desafortunadamente, parece que Billig no yerra al aseverar que, aunque su análisis es parcial, la mayoría de los académicos incurren en las mismas prácticas de escritura pues cada vez más trabajan en circunstancias similares.

Siguiendo el consejo de Billig no diré que lo que su libro nos permitirá hacer o cómo y cuánto ampliará nuestra perspectiva, porque el libro en sí mismo no permite ni amplía nada. En aras de dar su lugar a la gente, diré que valor de los contenidos de cualquier libro depende de lo que sus lectores hagan con ellos; lo que entiendan y las decisiones que tomen al relacionar sus conclusiones con el resto de los conocimientos que poseen, es lo que los llevará a transformar su forma de actuar, pensar, sentir y escribir. De la misma forma, quien nos ofrece material para pensar no es el libro, sino su autor, Michael Billig.

Pienso que más de una persona estará interesada en cambiar su estilo de escritura tras finalizar el texto, pues al decirnos sin pelos en la lengua cómo escribimos, lo que el autor hace no es sino sugerirnos formas más claras de hacerlo. El mismo libro es ejemplo de ello: los lectores encontrarán en él una claridad poco usual que se agradece. Y es que Billig hace todo lo posible por demostrarnos que es posible escribir ciencias sociales de forma clara, precisa y amena. Para él, no se trata de que todos escribamos a la Richard Sennett o a la Erving Goffman, sino de que dejemos de pensar que el lenguaje ordinario es impreciso, inadecuado e inferior al lenguaje técnico. Sin embargo, es importante insistir en que cuesta más trabajo ser claros que pretensiosos.

Sin duda Billig nos invita a cuestionarnos qué clase de mundo estamos estudiando y qué clase de mundo estamos construyendo, no sólo en nuestros textos, sino en nuestro entorno laboral. Parece que no nos preocupa cómo decimos lo que decimos, ni si lo que decimos es comprensible, pero sí nos ponemos ansiosos si nuestra tasa de producción académica no es alta y nos tranquiliza y enorgullece cuando somos invitados a congresos o estancias, cuando nuestros artículos son citados, o cuando agregamos nuevos trabajos a nuestros currículum.

Estoy seguro de que más de uno reconocerá que las críticas que el autor deposita en este libro son aplicables a su trabajo. Si nos preguntamos cómo podemos arreglarlo, Billig nos da una serie de recomendaciones que según sus propias palabras no son más que "murmullos en el viento" (p.263) que hace con la esperanza de que en algún momento inspiren a otros científicos sociales y los encaminen hacia un futuro mejor, al menos en lo que respecta a su escritura. No obstante, este trabajo es una reseña, y la finalidad de toda reseña no es resumir una obra, sino ponderarla y, en el mejor de los casos, invitar a su lectura. Ya que

esta es una reseña positiva, las conclusiones y demás detalles de la investigación de Billig tendrán que ser descubiertas por sus futuros lectores.

Ojalá que esta reseña sirva para incitar a otras personas a leer el libro pues, en la medida de lo posible, he evitado cometer los errores que Billig señala. Les toca decidir aquellos que me lean si este texto es claro y conciso o una maraña de palabras oscuras. Lo único que me resta decir es que, mientras sigamos escribiendo igual, la opinión de Billig seguirá siendo pertinente y siempre podremos pensar que, como científicos sociales, seguimos tomándonos “demasiado en serio para demeritarnos usando un lenguaje inferior, inapropiado. ¡Idiotas!” (p. 201).



“Reseña: Billig, M. (2014). *Aprenda a Escribir Mal. Cómo Triunfar en las Ciencias Sociales*. México: Editorial del Colegio de Postgraduados”
por Juan Emilio Montiel Leyva es un texto registrado bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).